

tre las distintas religiones y para el contacto con una modernidad en alerta a causa del problema ecológico.

Una segunda idea, desarrollada en el capítulo tercero pero presente a lo largo de toda la obra, es la continuidad entre el Antiguo y Nuevo Testamento. La esencia de la liturgia no se puede encontrar prescindiendo de la unidad entre los dos Testamentos. Se hace imprescindible conocer nuestras raíces para comprender mejor el nuevo sentido que Jesús dio al culto, un sentido que ya estaba prefigurado en los textos que señalan el comienzo de la historia del culto: el sacrificio de Abraham (Gn 22) y la institución de la liturgia pascual (Ex 12).

En último lugar recorre las páginas de este libro la creciente preocupación del autor por los dos problemas más acuciantes que existen hoy y que afectan de modo particular a la celebración litúrgica: por un lado, la dificultad de conjugar la exigencia objetiva de las realidades cristianas con el hecho innegable y necesario de concretar la experiencia de la fe en formas históricas en las que el hombre se comprende y realiza; por otro, la necesidad de crear un sujeto capaz de celebrar. Ratzinger opta por hacer mayor hincapié en el imperativo y la urgencia de formar tanto a los laicos como a los sacerdotes para que puedan vivir la liturgia en profundidad sin caer en la arbitrariedad de una mal entendida «participación activa». En su opinión, se olvida con frecuencia que la liturgia, aún estando configurada por el hombre y su sensibilidad, «participa de la normativa propia de la forma fundamental de la fe cristiana. Su valor puede compararse al de las grandes profesiones de la fe de la Iglesia antigua. Al igual que éstas, también la liturgia ha ido madurando bajo la guía del Espíritu Santo (Jn 16,13)».

El problema, sin embargo, de dejar un espacio a la iniciativa del hombre, que el mismo Dios ha propiciado, queda todavía abierto y sin resolver. Porque el Dios que se nos ha revelado no es un Dios que nos da todo hecho sino que nos deja hacer y que, aun habiéndose dado totalmente en Cristo, todavía nos queda mucho por conocer y descubrir. A veces, aunque se entiende el sentido global, no es tan evidente por qué esos puntos que el autor escoge y no otros son los no susceptibles de cambio o por qué algunos elementos nuevos no pueden ser introducidos para enriquecer la liturgia (por ejemplo, la danza).

Un libro claro, fundamentado y contundente, escrito con rigor, que arroja luz sobre el sentido de la liturgia y algunos de sus elementos principales con el fin de rescatar la hondura de uno de los aspectos clave de la fe.—M.^a DOLORES L. GUZMÁN.

L. M.^a ARMENDÁRIZ, *Hombre y mundo a la luz del Creador*, Ediciones Cristiandad, Madrid 2001, 553 pp. ISBN: 84-7057-456-6.

En los últimos años y desde distintos sectores de la teología se están alzando voces a favor de una reflexión que subraye y sea capaz de transmitir tanto la importancia de la unidad existente entre el mundo, el hombre y el Dios Creador, como las consecuencias derivadas de la vinculación indisoluble entre creación y salvación. L. M.^a Armendáriz, profesor emérito de la Universidad de Teología de Deusto, se suma a esta corriente que trata de impulsar una visión menos fragmentaria y más in-

tegradora de la realidad. Justamente el mérito mayor de esta obra estriba en la capacidad del autor de sacar adelante un tratado sistemático y claro sobre *teología de la creación* o, mejor, una *teología del Creador*. No es frecuente hoy en día, por la dificultad y el riesgo que entraña, encontrar estudiosos que asuman la responsabilidad de acometer un trabajo teológico de tal envergadura que conlleve una interpretación global de la existencia.

Desde un conocimiento profundo de la Tradición (todos los capítulos cuentan con un breve recorrido por los hallazgos que los mejores pensadores de la historia hicieron sobre estos temas) y una opción consciente a favor de reivindicar el método «descendente», Armendáriz revisa los grandes temas de la antropología teológica. Esta inclinación por el método descendente, que queda patente en la distribución de los quince capítulos del libro, no implica el abandono del análisis «ascendente», sino la búsqueda lúcida de una complementariedad y enriquecimiento entre ambos métodos y la necesidad de subrayar la importancia de los datos de la Revelación que ningún teólogo puede eliminar.

Los textos bíblicos le sirven como punto de partida para sostener una afirmación básica y fundamental: Dios es el único que da la vida a los muertos y crea de la nada en libertad y, por tanto, en gratuidad total. Este dato esencial se convertirá en el hilo conductor del resto de las reflexiones y el objetivo fundamental será ir desbrozando a lo largo de las páginas el significado auténtico de dicha convicción. Desde ahí irá analizando el sentido exacto del concepto «creación», entendiéndolo como un hecho continuo y abierto; la finalidad salvadora del acto creador; la relación entre ese Ser Supremo, Trinitario, origen y sustentador de vida, con un hombre hecho «a imagen y semejanza» suya; el problema del mal y del pecado; las condiciones en las que se produce el encuentro entre el Misterio y el hombre; y la relación como núcleo esencial o «trama» (en palabras del autor) de la creación y de la Trinidad.

Armendáriz acomete con soltura los puntos conflictivos derivados de este primer artículo de la fe e intenta, ayudándose de los autores clásicos, abrir nuevas vías que respondan a las inquietudes del mundo de hoy. En este sentido me parece especialmente significativo y relevante el esfuerzo realizado por clarificar aspectos tan controvertidos como el de la libertad (cuyo último sentido está en la libertad del Creador), la dimensión espacio-temporal (poniéndose en diálogo con los avances científicos logrados en la actualidad) y el significado auténtico de la felicidad simbolizado en la imagen del paraíso terrenal.

Con un lenguaje riguroso, pero sin dejar de ser asequible, logra dar una visión global en la que se pone de relieve la indisoluble conexión entre todos los aspectos que explora. Y deja constancia de que sólo desde el conocimiento del ser de Dios podrán el hombre y el cosmos encontrar el verdadero sentido de su existencia y de sus propias leyes, siempre en referencia al Origen. El Dios revelado en Jesucristo siempre nos llevará al hombre y al mundo al mismo tiempo que la contemplación de la maravilla de la creación siempre tendrá una palabra que decir sobre un «grandioso» (en el sentido más profundo del término) Creador.

Armendáriz, con un talento equilibrado y espíritu dialogante, ha elaborado una obra meticulosa, de lectura ágil a pesar de la dificultad y densidad de los temas que

trata, con vocación de tratado y mensaje esperanzador. Imprescindible para las aulas de teología.—M.^a DOLORES L. GUZMÁN.

PAULO CÉSAR BARROS, «*Commendatur vobis in isto pane quomodo unitatem amare debeat*». *A ecclesiologia eucarística nos Sermones ad populum de Agostino de Hipona e o movimento ecumênico*, Roma 2002, 344 pp. ISBN: 88-7652-16-0.

El autor de esta tesis doctoral, P. C. Barros, jesuita brasileño, alude al comienzo de su trabajo a la conocida fórmula de H. de Lubac: «La Iglesia hace la eucaristía y la eucaristía hace la Iglesia». Nos sitúa así, de entrada, en el horizonte de la eclesiología eucarística, cuya relevancia para el diálogo ecuménico está fuera de toda duda. Si la celebración eucarística aparece como el lugar eximio para expresar la unidad eclesial, este libro, que pretende buscar maneras de involucrar a los fieles laicos en el empeño ecuménico, rastrea en el patrimonio teológico-pastoral de los *Sermones ad populum* de S. Agustín principios que inspiren al movimiento ecuménico actual y sensibilicen ecuménicamente a los fieles laicos, precisamente cuando se encuentran reunidos en torno a la mesa eucarística. De ahí el lema escogido como título principal: «*Commendatur vobis in isto pane quomodo unitatem amare debeat*».

Es, pues, un primer valor de este estudio la consideración como pedagogía ecuménica de esa eclesiología eucarística que se destila de los escritos antidonatistas agustinianos. De todos modos, como el autor reconoce en el epílogo dedicado a «la actualidad del mensaje eclesiológico de Agustín de Hipona», la trasposición no puede ser totalmente automática dadas las muy diversas condiciones culturales y las divergencias históricas. Por eso, el interés se centra, con buen criterio, en el Agustín «predicador de la unidad cristiana». Un segundo valor de este trabajo es, por tanto, el análisis minucioso de una buena porción de textos agustinianos de carácter pastoral, que siempre resultan muy sugerentes. El libro comienza presentando las coordenadas históricas de los textos, a saber, la polémica del Obispo de Hipona con los donatistas. Este primer capítulo, que se recubre con la primera parte, consigue una buena reconstrucción de los presupuestos y conceptos eclesiológicos agustinianos. Una segunda parte, distribuida en tres capítulos, traza el perfil de la unidad de la Iglesia desde la misma experiencia del Dios uno y trino del doctor africano. La tercera parte toma como objeto de reflexión la celebración eucarística misma, en su calidad de experiencia de la Iglesia una y como llamada en favor de la unidad de la Iglesia de Cristo dirigida a todos.

El autor conoce la amplia bibliografía sobre la eclesiología agustiniana (las obras ya clásicas de Battifol, Pincherle, Hofmann, Bertocchi, Favara, Ratzinger o Grabowski). Sin embargo, emprende y realiza una lectura personal del *corpus* agustiniano seleccionado, presentando el fundamento trinitario de la unidad eclesial en lo que constituye, a mi juicio, la parte más lograda del trabajo. Por contra, la problemática ecuménica aparece sólo al final del trabajo, en el epílogo, como corolario.—S. MADRIGAL.